

El regreso del P. Diego León de Villafañe, último jesuita de la antigua Provincia del Paraguay

*Silvana M. Lovay**
*Carlos A. Page***

Recibido: 19 de noviembre de 2013

Evaluado: 18 de diciembre de 2013

Introducción

El P. Diego León de Villafañe tuvo por primer y más completo biógrafo al P. Guillermo Furlong, quien en 1962 publicó su biografía en la tradicional colección *Escritores Coloniales Rioplatenses*, siguiendo y mejorando una serie de artículos suyos aparecidos en 1936. Como era habitual en sus trabajos, el P. Furlong detalla cada uno de los escritos de los biografiados poniendo énfasis en la transcripción íntegra de uno en particular. Y para el caso del P. Villafañe eligió una carta que describe la batalla de Tucumán del 24 de setiembre de 1812, en el Campo de las Carretas y que acertadamente la consideró como la primera crónica de la misma, cuyo autor además delineó unos versos. Pero no fue el único texto que escribió el P. Villafañe, pues aquí damos a conocer dos obras cuyas desconocidas que hallamos en la Biblioteca Nacional Braidense de Milán. Aunque sí fue el único jesuita, de aquellos que habían construido la famosa epopeya del Paraguay, que regresó a su suelo natal.

También escribieron sobre el P. Villafañe los jesuitas Avelino Gómez Ferreyra¹, Pedro Leturia con Miguel Battlori², Jean Baptista³ y últimamente su comprovinciano Carlos Páez de La Torre⁴, además de biógrafos certeros como el P. Hugo Storni⁵.

* Licenciada en Gestión de las Instituciones Educativas y Magister en Museología.

** Arquitecto y Doctor en Historia. Investigador del CONICET (CIECS-UNC).

¹ Gómez Ferreyra, 1966: 171-205.

² Leturia y Battlori, 1963: 271-279, 582-590.

³ Baptista, 2001.

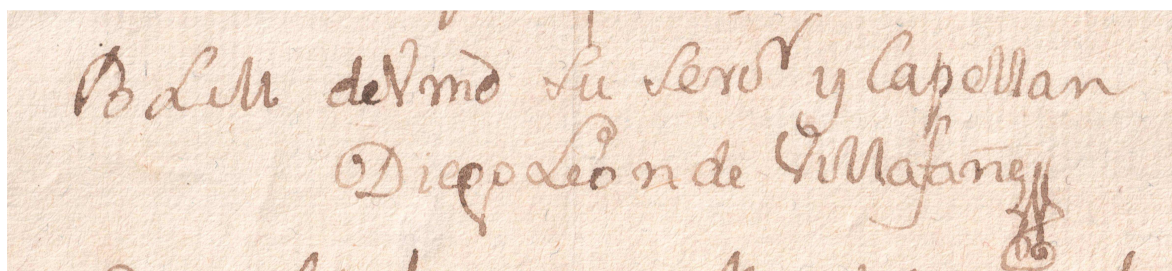
⁴ Páez de La Torre, 2007.

Efectivamente el P. Diego no tuvo que hacer el dificultoso viaje que toleraron otros jesuitas desde Europa a Buenos Aires para incorporarse al mundo de la provincia jesuítica fundada por el P. Torres a instancias del general Aquaviva. Pues nació en la ciudad de San Miguel de Tucumán el 11 de abril de 1741 y poco después de cumplir sus 22 años de edad ingresó formalmente a la Compañía de Jesús. La expulsión lo sorprendió cuatro años después en el Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat de Córdoba. Tras el exilio más agobiante sufrido por jesuita alguno, falleció en su tierra natal el 22 de marzo de 1830⁶.

La vida del P. Diego resulta difícil comenzarla desde una supuesta alegre niñez y cálida juventud enmarcada en una familia relativamente acomodada. Todo lo contrario, iniciar su biografía es remontarnos a sus jóvenes años en que le tocó soportar uno de los grandes dramas de su tiempo.

Su apellido se entronca con los fundadores de la ciudad, pues don Manuel Villafañe fue el primer alférez real de la misma; mientras que su padre, el maestro de campo Diego de Villafañe y Guzmán (1702-1762), ocupó el cargo de alcalde de primer voto, además de gobernador de armas y capitán de guerra en las entradas al Chaco⁷. Contrajo matrimonio en dos oportunidades, primero con María de Corvalán Castilla (1705-1748) que fue madre de Diego con diez hermanos, tres varones; y luego con María Aráoz Echave con quien tuvo siete hijos, uno varón.

Afirma el P. Furlong⁸ que el joven Diego frisaba los 16 años cuando se radicó en Córdoba para estudiar en la universidad. Y al momento de la expulsión era pasante o repetidor⁹ del Monserrat, lo cual habla de su pericia intelectual. Mientras que Ambrosio Funes lo recuerda como tal, cuando él era interno del convictorio y el profesor era el jesuita porteño Ramón Julio Rospigliosi, quien dimitió en 1768, reincorporándose al Instituto en 1805 para morir al año siguiente.



⁵ Storni, 1980: 305.

⁶ Ibid.: 305.

⁷ AGI, Estado, 80, N.80, *Sobre remisión a España del ex jesuita Diego León Villafañe*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1802.

⁸ Furlong, 1962: 8.

⁹ O regente de cátedra, es el que escucha y repite a los alumnos del convictorio las clases del profesor.

Una fría noche de 1767

Treinta y dos años en el destierro son demasiados para cualquier persona que vive el aciago dolor que implica un injusto exilio. Y como no podía ser de otra manera en esta estirpe de hombres, el padecimiento se convirtió en optimismo y esperanza. Así pues el P. Diego escribe de sus verdugos: *“Ellos acaso pensaron en hacernos mal en extrañarnos, pero Dios lo convirtió en nuestro bien espiritual, probando a su Compañía y purificándola con la tribulación”*¹⁰.

Son bien sabidos los sucesos acaecidos en Córdoba aquella seguramente fría noche del 12 de julio de 1767. El comisionado de la confiscación y arresto de los jesuitas fue el sargento Fabro, quien en su repulsiva faena pasó al Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat donde se encontraban los escolares, a quienes los mandó juntar en el aposento del rector. Uno de ellos era el pasante Diego León de Villafañe, junto con el P. rector Gaspar Pfitzer¹¹ y su ministro P. Martín Suero, el prefecto José Verón y el procurador H. Juan Miguel Salig; sin olvidar al imprentero alemán H. Pablo Karrer¹². Se les leyó el decreto y se les pidió las llaves, para luego escoltarlos al Colegio Máximo, no permitiéndoles salir de las instalaciones y con guardias que los custodiaban.

Hacia unos años que ya habían fallecido los padres del joven Diego, pero contaba con varios hermanos que lo ayudaron en aquellos días. Tanto los PP. Juárez como Peramás relatan los sucesos de Córdoba y el viaje que debieron hacer al puerto de La Ensenada en Buenos Aires donde el P. Diego se embarcó junto a ciento cuarenta jesuitas de Córdoba¹³. Fue en la fragata “La Venus”¹⁴, que se hizo a la mar rumbo a España el 12 de octubre y arribó el 7 de enero.

Al llegar al puerto de Santa María permanecieron cuatro meses en el “Hospicio de Misiones”¹⁵ y luego en el edificio llamado “Casa de Guía”¹⁶, junto con otros jesuitas que

¹⁰ Furlong, 1962: 9.

¹¹ El sacerdote alemán Pfitzer nació en Niederalfingen, el 6 de enero de 1714, llegando a Buenos Aires en 1734 en la expedición del Padre Machoni. Inmediatamente profesó sus primeros votos, posteriormente alcanzó el sacerdocio en 1738 y sus últimos votos en Córdoba en 1747. Luego de la expulsión y autorizado a regresar a su patria, murió en Ellwangen el 16 de julio de 1790 (Storni, 1980: 220).

¹² Page, 2011: 449.

¹³ BNE, MS 12870, *Francisco Uruburo de Toro: Lista de los jesuitas expulsados de Indias, llegados al Puerto de Santa María*, Puerto de Santa María, 30 de junio de 1769.

¹⁴ La fragata “La Venus”, conocida también como “Santa Brígida” fue construida en los astilleros de La Carraca en Cádiz y botada en 1755. Tenía un desplazamiento de 800 toneladas, con una eslora de 33 metros y una manga de 9 metros. Perteneciente a la escuadra de Cádiz, contaba con sólo entre 28 y 30 cañones, lo que la hacía veloz pero la colocaba en una situación de desventaja ante cualquier ataque de fragatas francesas o inglesas, que contaban al menos con 40 cañones. Llevaba como mascarón de proa la efigie de un león rampante, como los navíos de línea de entonces. Fue la que comandó la flota que partió con la primera tanda de jesuitas expatriados, transportando jesuitas del Paraguay, la mayoría del Colegio de Córdoba, más once pertenecientes a la provincia de Chile embarcados en el navío “San Fernando” en Cádiz y traspasados al llegar al Río de la Plata. Estuvo al mando del comandante Gabriel Guerra Guerra y prestó servicios hasta 1809 (Page, 2011: 40).

¹⁵ Conocido también como “Hospicio de los Apóstoles” u “Hospicio de la Misericordia”, fue creado a los fines que pudiera albergar a los jesuitas europeos que esperaban embarcarse rumbo a América. Se ubicó junto al río

llegaban de América. Como en otras ocasiones, allí se les increpó a dejar la Orden y lo hicieron nueve de ellos.

Este primer grupo, donde estaba el P. Villafañe, partió a Córcega el 15 de junio de 1768 desde el puerto de Santa María en el navío llamado “*Nuevo Estado del Reino*”, entre las 10 embarcaciones que zarparon juntas. La isla genovesa era un foco de tensión, envuelta en una guerra que afectaba directamente la larga lista de calamidades por las que estaban atravesando los jesuitas. Sabían que la intención de la corte era que permanecieran allí por largo tiempo, y causó sorpresa, que luego de 25 días de navegar por el Mediterráneo, pasar por Ajacio, Calvi, San Florencio y llegar al fin a Bastia, donde permanecieron solamente el mes de agosto. Efectivamente llegaron el 4 de agosto, pero el 31 debieron abandonar el puerto por orden de los franceses y sin saber su nuevo destino.

A fin del mes próximo ya estaban la gran mayoría asentados en Faenza, Ravena, Imola y Brisighella. En el mes de octubre se sumaron los PP. Domingo Muriel y José Robles, procuradores que fueron sorprendidos por la expulsión en el puerto, antes de partir, y que en el periodo del exilio tuvieron especial protagonismo.

El P. provincial Vergara se hallaba convaleciente en el Puerto de Santa María y el general nombró en 1768 como nuevo provincial en el exilio al P. Robles quien condujo a los jesuitas del Paraguay en Imola.

Varios años después y en plena Revolución de Mayo, cuando el P. Villafañe veía la situación anárquica que se vivía en la flamante nación, la relaciona con un origen en la expulsión de los jesuitas que llevó a esa decadencia institucional, espiritual y cultural en América. Pues devino en las enseñanzas de las doctrinas democráticas de Francisco Suárez¹⁷.

El P. Furlong nos relata que el joven Diego se encontraba en Faenza entre 1768 y 1783, posible tiempo en que se ordenó sacerdote. Tema complicado, pues los obispos se negaban a hacerlo, excepto el de Bertinoro, que ordenó a varios jesuitas hasta que en 1772 se dictó una resolución que autorizó la ordenación sacerdotal a todos los estudiantes.

En Faenza, los jesuitas del Paraguay vivieron primero en el palacio del siglo XVII del conde Francesco Cantoni, ubicado en L'Isola, que era un sitio que se encontraba en las afueras de la ciudad circundado por el río Lamone y que fue destruido en 1944. Allí estaba constituido el Colegio Máximo con siete profesores que alcanzaron a tener sesenta alumnos, teniendo idénticas distribuciones religiosas, el mismo prefecto de estudios e iguales funciones literarias que en Córdoba. Estando aún el P. Robles a cargo de la provincia se mudaron a una casa dentro de Faenza y por intermedio del generoso conde y el obispo de aquella ciudad, se convenció al

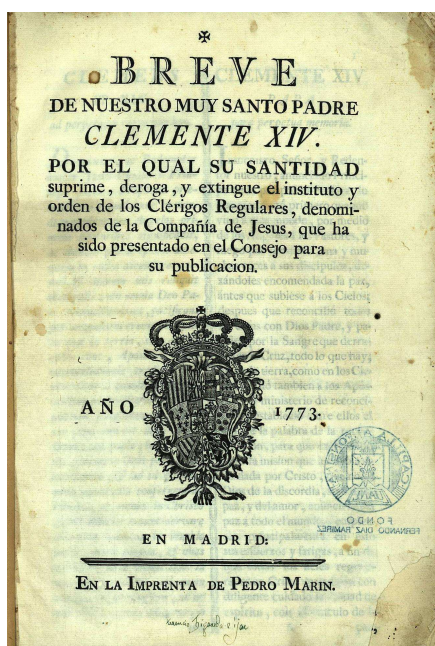
Guadalete y se comenzó a construir en 1729. Allí se instaló la Procuraduría General de Indias de la Compañía de Jesús, trasladada de Sevilla al mismo tiempo que la Casa de Contratación.

¹⁶ La Casa de Guía o del conde de Cumbre Hermosa era un edificio señorial que se encontraba junto a la residencia de Guillermo Tyrrí y la ermita de Nuestra Señora de Guía, próxima al Hospicio de Misiones. Fue una de las dos residencias que se acondicionaron para la llegada de los jesuitas, además de los conventos de la ciudad (Page, 2011: 42).

¹⁷ Furlong, 1960: 44.

canónico don Domingo María Fanelli para que les alquilara parte de su palacio, que contaba con una capilla con cinco altares. A mediados de 1769 se sumaron los novicios y a fin de ese año el resto de los sacerdotes de las reducciones. Fue cuando Carlos III notificó al general de la Compañía de Jesús P. Lorenzo Ricci que se abstuviera de nombrar provinciales y mantener colegios con las denominaciones españolas. Del mandato real solo se acató cambiar el nombre de Provincia del Paraguay por la de Provincia de San José.

Pero en ese tiempo las cortes borbónicas tramaban la supresión de la Compañía de Jesús y con la llegada del embajador José Moñino a Roma la extinción se agilizó y terminó definitivamente en el Breve *Dominus ac redemptor noster* del 21 de julio de 1773. A partir de entonces se secularizó a todos los jesuitas, que quedaron bajo las órdenes de los obispos. Mientras el P. Villafañe pasó a Roma en 1793, encontrándose en la Ciudad Eterna cuando las tropas francesas la invadieron en 1799 y el general Bertier expulsó de los estados Pontificios al Papa Pio VI, llevándolo a Valence-sur-Rhône en Francia en calidad de prisionero de Estado y donde muere por su avanzada edad. El P. Villafañe se desempeñaba como capellán coral de la basílica de San Carlo al Corso, que soportó como todos la confiscación de los bienes de la Iglesia. Está ubicada en la Vía del Corso y su construcción se comenzó a comienzos del 1600 al canonizarse San Carlos Borromeo, aunque también está dedicada a San Ambrosio de Milán.



Breve de extinción del Papa Clemente XIV del 21 de julio de 1773.



Basílica de San Carlo al Corso en Roma donde trabajó el P. Villafañe.

El retorno en 1799

Un jesuita de la provincia del Paraguay, el navarro Francisco Javier Mariátegui, fue uno de los que tuvo la osadía de solicitar directamente a Campomanes en 1785 el retorno de los expulsos. Amén que en 1812 publicó una Memoria pidiendo a las Cortes de Cádiz la anulación de lo ejecutado en 1767, como lo hicieron otros pocos jesuitas que incluso reclamaron un juicio público para declarar ilícita la expulsión¹⁸.

Carlos III había muerto a fines de 1788 y lo había sucedido su hijo Carlos IV, extendiéndose los rumores que los jesuitas volverían a España, pero la corte nunca se había retractado de sus acciones y ni se hablaba del destino de las propiedades confiscadas, aunque se creía que los jesuitas serían confinados en pequeños grupos a lugares lejanos de las grandes ciudades sin poder retornar con sus familias. Todo lo cual repercutió contrariamente en los expulsos reticentes a volver, aunque tenían atrás el acoso de la invasión francesa y a un Papa cautivo que muere preso y se elige su sucesor en la casi clandestinidad de Venecia.

Efectivamente cuando Napoleón declaró la República de Génova, dictó un decreto en 1797 por el que expulsó a los religiosos extranjeros que llevaran más de veinte años de residencia en el genovesado.

En respuesta a ello y por dos decretos reales se permitió el regreso de los desterrados jesuitas a España y América. El primero firmado el 29 de octubre de 1797 argumentaba las turbulencias que padecía Italia y de los pedidos hechos por los muchos jesuitas que huían, y el segundo del 10 de marzo de 1798, fue ampliatoriamente más humano pues se les permitía regresar a casa de sus parientes o a conventos con tal que no fueran a la corte ni a sitios reales cercanos. El comisionado Giuseppe Capelletti les ofreció a los jesuitas entre 18 y 25 escudos, contabilizando el número de los que regresaron en 540 sujetos, mientras los que se quedaron fueron 748¹⁹.

El P. Villafañe partió a España²⁰ consiguiendo el pasaporte firmado en San Lorenzo el 10 de noviembre de 1798, por el entonces flamante secretario del ministerio de Gracia y Justicia don José Antonio Cavallero Campo, que con el tiempo heredó el título de marqués. Se le dio junto a otros cuatro jesuitas, provenientes uno de Nueva España, otro de Perú y dos de México²¹. Llegó inmediatamente a Andalucía y en Cádiz no encontró barco, por lo que se fue a Lisboa con otros jesuitas de la antigua provincia, aunque no viajaron juntos. Pero de alguna manera llegaron al Plata, Pedro Arduz (1738-1809) de Jujuy y José Rivadavia (1743-1813) que nació y murió en Buenos Aires. El primero era un coadjutor que para la expulsión se encontraba en el colegio de San Ignacio y se secularizó en Italia donde se casó en Roma con Catalina

¹⁸ Astogano Abajo, 2011: 182.

¹⁹ Hanisch, 1972: 132.

²⁰ Escribió el P. Juárez a Funes *“de los amigos y conocidos se han puesto ya en viage para España y para de allí pasar a América Dn Diego Villafañe, Dn Joseph Rivadavia, Dn Francisco Iturri, Don Domingo Ocampo, Dn Bernardo Azcona. De los que estaban fuera de Roma Dn. Ramón Videla”* (Grenón, 1920: 209). A Arduz lo menciona en Barcelona en otra carta (Ibíd: 219).

²¹ AGI, México, 2497,N. 87. *Pedro Cantón y otros*. 10 de noviembre de 1798.

Franchi. Al darse el decreto señalado, dejó a su mujer y dos hijas y se embarcó rumbo a Buenos Aires con su pequeño hijo. Sabemos por el P. Villafañe que en una carta que le escribió a la hermana de este, le adjuntó un texto suyo sobre la edificante muerte del P. Muriel en Faenza y la inscripción sepulcral. Llegó a su tierra y un año más tarde el virrey del Pino lo llamó a Buenos Aires con el objeto de reportarlo de nuevo a Italia, pero regresó a Córdoba, donde falleció en 1809. El porteño Rivadavia era para la expulsión alumno del Colegio Máximo, llegándose a ordenar en Faenza y luego dimitir al poco tiempo de llegado. Aparentemente viajó junto con el P. Arduz porque ambos corrieron igual o parecida desgracia en su viaje de regreso, ya que al salir de Barcelona fueron tomados prisioneros por los ingleses y llevados a Río de Janeiro donde quedaron presos de los portugueses. El P. Rivadavia, cuenta Villafañe, llegó a Buenos Aires debilitado y postrado, recién en 1802. Pero como se quedó allí, fue puesto prisionero y deportado en 1803, encontrándose en La Coruña en febrero del año siguiente con el P. Luis Vázquez. Poco se sabe si viajó a Italia, pero lo cierto es que regresó a América, testando y falleciendo en Buenos Aires en 1813²².

Pero el P. Diego León de Villafañe fue el único que volvió, aunque secular, con la investidura de jesuita. Burló no solamente el bloqueo inglés, sino también una repentina suspensión en el otorgamiento de pasaportes hasta que concluyese la guerra y la peste desatada en setiembre del año siguiente en Cádiz que mató a varios jesuitas²³. Arribó a Buenos Aires a fines del invierno de 1799, donde lo esperaba su hermano Domingo. Se quedó hasta fin de mes en Buenos Aires, conversando con los muchos ex alumnos de los jesuitas que se le acercaron. Para mediados de diciembre llegó a Córdoba y lo recibió su amigo Ambrosio Funes quien escribió una relación del esperado arribo. Allí cuenta que obtuvo la noticia de su mujer y pronto salió a la iglesia de Santo Domingo, llegando al claustro y encontrándolo en diálogo con don Pedro Lucas de Allende. La conversación se detuvo y los cuerpos se unieron en un fraterno abrazo. Luego salieron al convento de Santa Catalina, donde profesaba la hermana del P. Villafañe a quien no quiso ver antes de dar la misa en el altar del Calvario. Al terminar, las monjas alzaron sus emotivas voces irrumpiendo en un *Te Deum* que emocionó al jesuita al punto que primero “*prorrumpió en sangre por las narices, luego cedió a las lágrimas, y se desahogó*”. Al terminar el P. Villafañe se dirigió lleno de gozo al locutorio a saludar a su hermana y la comunidad religiosa. Pasó luego a platicar en la casa de don Ambrosio, engalanada con insignias e imágenes de jesuitas.

Habían pasado poco más de 32 años y las misas en Santa Catalina se continuaron hasta que a don Ambrosio se le ocurrió que el domingo 22 de noviembre cantase el P. Villafañe una misa solemne. Pensó hasta llevar su instrumento pero dedujo que con ello se distraería de los afectos del gozo que presenciaria en medio de la gran cantidad de gente que se congregó.

El 23 de diciembre el P. Villafañe siguió su camino hacia Tucumán donde los recibimientos no deben haber sido menores. Pero era objetivo inmediato del jesuita partir a Chile el 15 de febrero, pues se había propuesto misionar por tierras araucanas y consagrarse a la tarea evangelizadora sin amedrentarse ante las dificultades que implicaba el viaje y por cierto

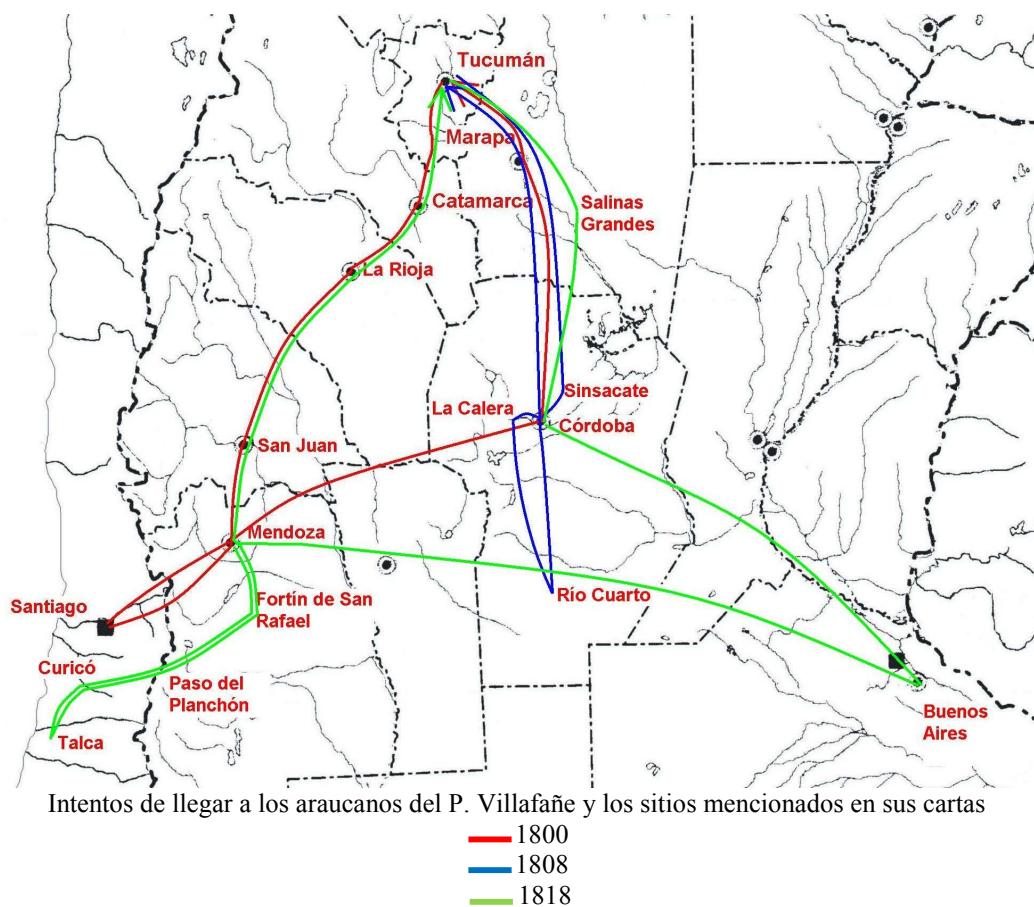
²² Hernández, 1908: 324.

²³ Pradells Nadal, 2002: 547.

sus 59 años de edad. Pero contaba con el aval de la Congregación de Propaganda Fide que lo había designado prefecto de la misión de Araucanía con la expresa tarea de fundarla.

Así pues viajó junto al doctor Bazán que iba a Catamarca, pasando luego por La Rioja y San Juan. Pero en Marapa encontró a la madre del jesuita santiaguense Alonso de Frías que nunca pudo regresar, muriendo en Roma en la Navidad de 1824. El P. Diego llegó a Santiago de Chile el 8 de abril y pasó a residir en la casa del canónigo Pedro Antonio Rojas y Argandoña, quien se había doctorado en la universidad de Córdoba en 1756. Al poco tiempo se mudó a la casa del doctor Martín Guevara, compañero del convictorio de Monserrat, mientras comenzaron a llegar algunos otros jesuitas que se dispusieron a ingresar al territorio indígena con los fines de la conversión.

Pero la sublevación de los araucanos dejaba poco margen para cualquier empresa evangelizadora y el P. Villafañe, después de nueve meses, decidió regresar a Tucumán el segundo día de 1801, para establecerse en la casa de su hermano Domingo, dedicándose a enseñar el catecismo a los niños. Parecería una tarea rutinariamente aburrida, pero en realidad al P. Villafañe aún le quedaban experiencias que por ese momento ni imaginaba. De hecho intentó volver a la Araucaria a comienzos de 1808, acompañado por su criado y dos indios, pero en su



derrotero no logró siquiera llegar a Chile. Tan solo a Río Cuarto desde donde emprendió el regreso. Finalmente en 1818, quizás motivado por el triunfo de San Martín, puso en marcha su última expedición desde Buenos Aires, pasando por Mamúl-Mapo, como llamaban los ranqueles al territorio que ocupaban, aunque con muchos tropiezos que quizás eran producto de sus ajetreos 78 años. Recién llegó en enero de 1821 a Talca, donde resolvió volver a Tucumán. Sobre sus viajes, o mejor dicho los intentos de llegar a la Araucaria, si bien se ocupó en su biografía el P. Furlong²⁴, también lo hizo el P. Gómez Ferreyra²⁵ aportando sobre la materia documentación inédita del Archivo del Vaticano referida a la correspondencia que mantuvo el jesuita con la Sagrada Congregación y con el mismo monseñor Juan Muzi, primer Vicario Apostólico que visitó América junto al canónigo Juan María Mastai Ferretti (futuro Papa Pío IX). Pues como expresa Gómez Ferreyra extraña que eligiera Chile, donde nunca estuvo, y no las misiones del Paraguay, agregando que pudo haber sido una estrategia para convencer al Vaticano y obtener una pronta resolución que lo alejara de Roma lo más rápido posible. También es raro que ningún jesuita chileno pidiera participar en esta audaz aventura. Lo cierto es que fue su obsesión que ciertamente tuvo en América. Se le había dado un plazo de diez años para acometer su proyecto y el P. Villafañe al no poder cumplirlo solicitó que ese plazo comenzara cuando se hiciera efectiva la misión a lo cual Pío VII aceptó. Pero todos los esmerados y frustrados intentos del P. Villafañe lo llevaron por mal puerto.

¿Otra vez la expulsión?

Mientras la mayoría de las personas daba por hecho que pronto se restablecería la Compañía de Jesús, llegó a Buenos Aires a principios de 1802 la Real Orden fechada en Aranjuez el 25 de marzo del año anterior en la que se intimaba la deportación de los jesuitas que habían regresado. Arduz fue trasladado de Salta a Buenos Aires, donde se encontraría con Rivadavia y serían embarcados a Europa. Pero el P. Villafañe se fue de la ciudad de Tucumán y se ocultó en el paraje propiedad de su familia llamado Chorrillo de Santa Bárbara, ubicado a una legua al sur de la ciudad y donde tiempo después se retiró el general Belgrano el día de la batalla de Tucumán. Pocos conocían el paradero del jesuita y jamás lo hubieran manifestado. Aunque en los pedidos que se hicieron al virrey seguidamente, se expone que estaba muy enfermo en esa estancia.

Pues este escondite fue más efectivo que el grueso expediente²⁶ que, con el fin de exceptuarlo de la medida, se formó primeramente con una nota del Cabildo, seguida de la firma de 72 vecinos. Menciona que se “*halla ausente tomando aires saludables*” por su “*crecida edad y achaques*” y seguidamente que es “*un sacerdote ejemplar de arreglada vida, pacífico descendiente de conquistadores y vecinos los más eméritos fidelísimos por su nobleza a la Corona*”. Trata de su linaje y de las actividades de sus hermanos, tanto en el desempeño de la

²⁴ Furlong, 1962: 15-17; 26-27 y 59-65.

²⁵ Gómez Ferreyra, 1966: 184.

²⁶ AGN, Sala IX, 23-5-5, Año 1802. *Expediente del Cabildo y vecinos de Tucumán manifestando que se suspenda remisión del P. Villafañe.*

política como Domingo que fue procurador, alcalde ordinario y notario del Santo Oficio, como en la vida pastoral de José Ignacio, nombrado por el obispo Abad Illana como misionero apostólico, y de la carrera de las armas de sus también hermanos el capitán Francisco Javier y el teniente Andrés, destacados por su valor y real servicio. Incluso dieron fe del estado de salud del jesuita, los médicos Pedro Montoya y Juan Quintero que expresaron que no estaba en condiciones físicas de realizar semejante viaje. El primero argumentó que *“era un hombre de contestura muy débil, y viejo, que continuamente le asaltan vértigos, que dos ocasiones lo ha curado de fiebres malignas, y tiene en el cuerpo y barias partes diversas ulceras bastantes cabernosas, que haviendole aplicado barios remedios ha quedado con alguna calentura lenta, y por tanto le ha mandado salir fuera de la ciudad a tomar otros ayres y aguas mas saludables”*²⁷.

Incluso también escribió su influyente hermano Domingo, el único de los hermanos varones que aún vivía, para sumar fojas a un expediente difícil de resolver pues la Real Orden era tan severa como la de 1767. Recién el virrey Joaquín del Pino respondió al Cabildo tucumano el 13 de octubre de 1802. Lo hizo de la forma más comprensible y humana posible, esgrimiendo los argumentos de los solicitantes, es decir *“respecto á sus habituales enfermedades y avanzada edad”*, además del expreso pedido que le hizo su hermano Domingo²⁸. Mientras que en el expediente que llegó a España el virrey agregó el *“riesgo de su vida y haberse portado ejemplarmente, con total abstracción de negocios impropios y concurrir otras razones suficientemente acreditadas”*, por tanto dejó suspendida la decisión hasta que el rey se expida en particular²⁹. Pero aparentemente nunca lo hizo y el P. Villafañe quedó siempre a la espera de un secuestro inminente.

Mientras tanto la Compañía de Jesús era parcialmente restablecida en Parma y las dos Sicilias, noticia que llegó a estas tierras y reavivó la posibilidad de volver a contar con jesuitas para la educación de la juventud.

El P. Villafañe a pesar de su avanzada edad y malestares en su salud, daba los Ejercicios Espirituales y salía a misionar por las afueras de la ciudad. El trabajo constante lo sacaba de sus achaques y lo motivaba a renovar su idea de ir a la Araucanía. Como mencionamos antes así fue que en 1808 renovó sus frustrados deseos que seguramente sembró desde sus inicios en la Compañía de Jesús, cuando los jóvenes que ingresaban estaban exacerbados de una profunda necesidad misional entre los infieles. Deseos que se coartaron con la expulsión y cargó con ellos siempre. Partió de Tucumán sin decir nada, solo despidiéndose de los suyos y al llegar a Río Cuarto el 29 de febrero de ese año se dio cuenta que la empresa era complicada porque vio lo temerario que era avanzar ante estos indios que contenían un odio acumulado en tantos años de crueldades impartidas por los españoles.

²⁷ AGI, Estado, 80, N.80, *Sobre remisión a España del ex jesuita Diego León Villafañe*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1802. También en AGN, Sala IX, 23-5-5.

²⁸ Archivo Histórico de Tucumán, Documentos coloniales, Tomo VII relativo a los jesuitas Siglos XVI-XVII y XVIII, Serie I Vol. 13, Tucumán, 2007: 321.

²⁹ AGI, Estado, 80, N.80 y AGN, Sala IX, 23-5-5.

A su pesar decidió retirarse a Córdoba y esperar un momento propicio para cumplir aquel deseo casi perturbador. En la docta ciudad el profesor José Dámaso Gigena lo convenció de incorporarse a una cátedra de latinidad en la universidad. Pero esta se encontraba en un desorden tal, que a los pocos meses renunció y volvió a Tucumán iniciando una intensa labor pastoral.

Tiempos de Revolución y Restauración

Cuando parecían morir las esperanzas por la evangelización de la Araucanía, corrían tiempos revolucionarios. España había dejado de contar con la legitimidad real y al P. Villafañe le atraía que la autoridad pasara al pueblo, manifestando que *“es tiempo que la América mire por sí”*³⁰. Tomó partido por los Funes en contra de los realistas, pero se daba cuenta que había en realidad en puerta una guerra civil, cuando se hablaba del enfrentamiento de soldados del Perú y de Buenos Aires, pues eran en definitiva americanos, y temía fuera aprovechado todo por *“los enemigos que pueden venir de Europa”*. Incluso quedó perplejo con la noticia de los fusilamientos de Cruz Alta³¹ y más aún, extremadamente dolido por la disolución de la Junta Grande, que condenó por las funestas consecuencias que desembocaron en la guerra civil. Y no tuvo temor en dirigirse a las autoridades porteñas e incluso una nutrida correspondencia con los hermanos Funes, especialmente con Ambrosio entre 1809 y 1824.

Se entrevé en sus cartas un pensamiento americanista cuando ante las pretensiones de Portugal -como escribió la infanta Carlota al cabildo de Tucumán- que a ella le tocaba la regencia de estos reinos, expresa el P. Villafañe: *“no quiero ser ni francés ni portugués”*. También se da cuenta de la conveniencia de los ingleses en defender a España de Napoleón y en ese contexto de revueltas europeas se pregunta: *“todo avisa a las Américas lo que les amenaza y ¿no se unirán todas, abandonando sus miras particulares, a pensar en su común defensa, a establecer un sistema de gobierno análogo a las circunstancias, a desterrar la injusticia, la opresión, el despotismo, causa de las presentes calamidades?”*³².

La Revolución estaba en marcha, Córdoba abría una fábrica de armas y Tucumán de fusiles. Se encendieron las primeras refriegas, pero fue la Batalla de Tucumán que enardeció al jesuita patriota y envió a Funes una carta relación del enfrentamiento y una “oda a la batalla de Tucumán”. La primera la publicó íntegramente el P. Furlong³³ y la composición poética del 9 de noviembre de 1812, parcialmente el P. Grenón³⁴ en el periódico fundado por el mercedario Nicolás Bernardo González en 1916 y luego las publicó completa el P. Furlong³⁵.

El P. Villafañe estaba compenetrado del proceso revolucionario. De hecho había recibido la obra manuscrita del jesuita peruano Juan Pablo Vizcardo quien redactó en Francia su

³⁰ Furlong, 1962: 29.

³¹ *Ibíd.*, 1960: 97.

³² *Ibíd.*, 1962: 34.

³³ *Ibíd.*, 1960: 98-103.

³⁴ Grenón, 1920.

³⁵ Furlong, 1960: 162-163.

famosa “Carta a los Españoles Americanos”, incitando a los criollos a luchar contra la opresión española y formar un estado soberano.

En todos los escritos del P. Villafañe se muestra su patriotismo pero nunca anteponiéndolo a Dios y su Iglesia. Estaba lleno de gozo por ver a su Patria libre e independiente, pero le preocupaba el espíritu de libertinaje que se extendía por el país. Cuando Rivadavia expulsó a los diputados de las provincias, el P. Villafañe redactó un duro texto de condena al hecho, que fue suscripto por varios tucumanos. No quería, pero participaba en política. De hecho fue elegido elector para la elección de diputados para el Congreso de Tucumán. Además de ello participó en la comisión eclesiástica formada en 1823 por quienes habían derrocado al gobernador de Tucumán Bernabé Araóz, con el fin de dictaminar su fusilamiento. El P. Villafañe formó parte de la misma junto a su sobrino José Agustín Molina y el tío del condenado, Pedro Miguel Araóz, quienes recomendaron finalmente el fusilamiento en medio de una desatada guerra civil³⁶.

A fines de 1814 el P. Villafañe se enteró de la Bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* que firmó Pío VII el 7 de agosto de 1814, que derogaba el Breve de Clemente XIV restaurando la Compañía de Jesús. Mientras Pío VII celebró la Eucaristía en el *Gesú*, el P. Villafañe ofreció varias misas en acción de gracias e intentaba comunicarse con Roma para ser recibido nuevamente en el Instituto, a pesar que el Papa, por intermedio del P. Gaspar Juárez, le había otorgado el privilegio de hacer los votos de la Compañía de Jesús en caso que muriera antes del restablecimiento (*artículo mortis*), como seguramente lo hizo antes de morir en 1830. Año en que también muere en Buenos Aires un jesuita irlandés llamado Patricio Morán, que había llegado dos años antes³⁷.

Tan solo seis años después de la muerte del P. Villafañe arribaron a Buenos Aires los jesuitas que refundaron el Instituto en la región. Fue superior el P. Mariano Berdugo, acompañado de cuatro sacerdotes y un coadjutor, llegando a las costas bonaerenses en 1836 en el bergantín “*El Águila*” y recibiendo la antigua residencia³⁸. Aunque al poco tiempo Rozas los expulsaría y la historia de desventuras de los jesuitas abriría nuevos capítulos.

Los escritos del P. Villafañe

Los jesuitas expulsos mantuvieron un extenso epistolado con sus amigos, como lo hizo el P. Juárez, cuyas cartas si bien se han perdido, el P. Grenón llegó a publicarlas en 1920. Por lo cual podemos deducir que muchos otros jesuitas escribieron desde el exilio a sus amigos americanos. También fue uno de ellos el P. Villafañe, siendo algunos de sus textos publicados por el P. Furlong. Efectivamente si bien se han perdido las 10 cartas que escribió entre 1799 y 1908, se han publicado 54 enviadas a Ambrosio Funes entre aquella última fecha y 1824.

³⁶ Guerra Orozco, 2012.

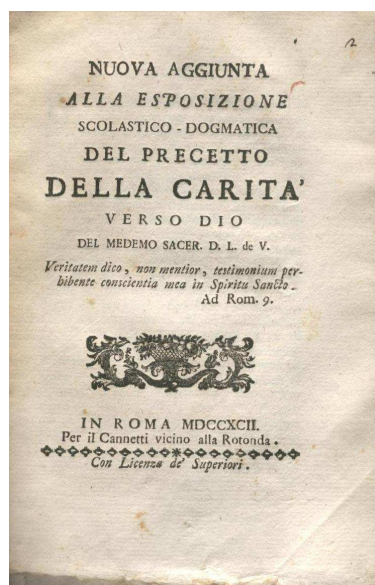
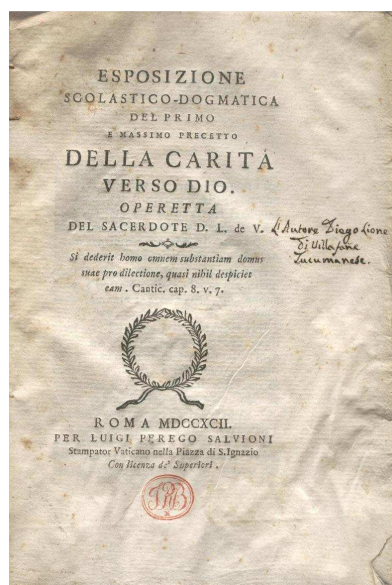
³⁷ Hernández, 1914: 6.

³⁸ Pérez, 1901: 64-66.

El P. Furlong no lo valora como escritor y menos como poeta, aunque elevándolo a patriota de la Revolución, pues fue el único jesuita que participó de los sucesos relacionados con la Revolución de Mayo, incluso como actor de aquellos acontecimientos.

No obstante el P. Villafañe llegó a publicar dos obras en Roma en 1792³⁹. Escribe contra un escrito del jesuita Giovanni Vincenzo Bolgeni sobre la caridad cristiana. Un personaje protegido por el papado, cardenales y preladados por su reconocida erudición. El P. Furlong no conoció las obras sino que siguió los buenos comentarios que de las mismas hizo el P. Luengo⁴⁰, aunque aparentemente tampoco las leyó porque manifiesta “*He oído asegurar que está bien escrita*”, agregando que un jesuita de Roma le comentó que el impresor se había ido con el dinero del libro, aclarando a su vez que el P. Villafañe y varios que pensaban en contra de las opiniones de Bolgeni le habían enviado sugerencias a su libro antes que lo imprimiera. Y de la otra obra dice el autorizado jesuita Luengo: “*En todas estas obritas el Jesuita Paraguayo Villafañe muestra celo por la verdad y por la doctrina católica, habla con franqueza y libertad sin embarazarse de modo alguno con la gran fama y crédito de Bolgeni*”⁴¹. Ambos libros desconocidos aunque también fueron registrados por Uriarte⁴², tuvimos la fortuna de encontrarlos en la Biblioteca Nacional Braidense de Milán.

Lo valioso también y sobre todo de sus escritos, son las numerosas cartas que escribe y



³⁹ *Esposizione scolastico-dogmatica del primo e massimo precetto della carità verso Dio. Operetta del sacerdote D. L. de V. / di Villafañe, Diego Lione: de. Pubblicazione 1792 Collocazione: F. 04. 0199/01* y *Nuova aggiunta alla esposizione scolastico-dogmatica del precetto della carità verso Dio del medemo sacer. D. L. de V. di Villafañe, Diego Lione: de. Pubblicazione 1792. Collocazione: F. 04. 0199/02*

⁴⁰ AL, T. 26, Año 1792: 543-546 y año 1793: 287-288.

⁴¹ Furlong, 1962: 71.

⁴² Uriarte, 1904, I: 272-273 y 502.

que por suerte la mayoría fueron publicadas por el P. Furlong⁴³ y que incluyen dos memoriales al gobernador intendente de Cuyo, las mencionadas cartas a Funes donde deja entrever varias obras que tenía escritas que no se publicaron y que hoy se encuentran extraviadas, e incluso cartas a Gaspar Juárez y otros jesuitas exiliados. El Archivo General de la Nación (Argentina) conserva un texto inédito sobre el uso de la Santa Biblia en lengua vulgar de 1802⁴⁴.

Referencias

Archivos

AGI, Archivo General de Indias, Sevilla.

AGN, Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

AL, Archivo de Loyola, Aspeitia.

BNE, Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Bibliografía

Archivo Histórico de Tucumán, Documentos coloniales Tomo VII relativo a los jesuitas Siglos XVI-XVII y XVIII (2007), Serie I Vol. 13, Tucumán.

Astorango Abajo, Antonio (2011), "Un jesuita expulso sangüesino rebelde: Francisco Javier Mariátegui, el ex jesuita oprimido", *Príncipe de Viana*, Año LXXII, Nº 252, Pamplona, Enero-Abril.

Baptista SJ, Jean (2001), "Villafañe, Diego León de", en Charles Edwards O'Neill y Joaquín María Domínguez, *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: biográfico-temático*, Madrid: Institutum Historicum Societati Iesu, Universidad Pontificia de Comillas.

Furlong SJ, Guillermo (1936), "El jesuita Diego León de Villafañe, antes y después de la Revolución de Mayo", *Estudios* (Academia del Plata), LIV, Buenos Aires.

_____ (1960), "Diego León Villafañe. Un 'poeta' de la emancipación hispanoamericana", en Guillermo Furlong SJ, *Los jesuitas y la escisión del Reino de Indias*, Buenos Aires: ed. Amorrortu.

_____ (1960) "Diego de León Villafañe y sus cartas referentes a la revolución argentina", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Año XXXVII, Nº XXXI, Buenos Aires.

_____ (1962) *Diego León Villafañe y su "Batalla de Tucumán" (1812)*, Buenos Aires: Ediciones Theoria.

⁴³ Furlong, 1960.

⁴⁴ AGN, BN, ms 4308.

- Gómez Ferreyra SI, Avelino (1966), "Diego León de Villafañe y la misión de Araucanía. Documentación inédita del Archivo Vaticano", *Archivum* VIII, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina.
- Grenón SI, Pedro (1920), *Ecós de la Fe*, Córdoba, 14 de noviembre, Nº 245.
- _____ *Los Funes y el P. Juárez*, Segunda Parte, Córdoba: Tip. Gutenberg, 1920.
- Hanisch SJ, Walter (1972), *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile: 1767-1815*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Hernández SJ, Pablo (1908), *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay por decreto de Carlos III*, Madrid: Librería General Victoriano Suárez.
- _____ *Reseña histórica de la misión de Chile-Paraguay de la Compañía de Jesús desde su origen en 1836 hasta el centenario de la restauración de la Compañía en 1914* (1914), Barcelona: Ed. Ibérica.
- Guerra Orozco, María Cecilia (2012), "A quien perturbe el orden público le caerá el rigor de las penas, hasta la de muerte". Aproximaciones al tratamiento de la pena capital en el Río de la Plata en la década de 1820". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Universidad Industrial de Santander, Colombia. Enero-Julio, Volumen 17-1.
- Leturia SI, Pedro de, y Battlori SI, Miguel (1963), *La primera misión pontificia a Hispanoamérica 1823-1825*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca apostólica vaticana.
- Padrells Nadal, Jesús (2002), "La cuestión de los jesuitas en la época de Godoy: Regreso y segunda expulsión de los jesuitas españoles (1796-1803)", en Enrique Giménez López (Ed.) *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el s. XVIII*, Universidad de Alicante.
- Páez de la Torre, Carlos (2007), "Un jesuita tucumano. El famoso doctor Diego León de Villafañe. *La Gaceta*, Tucumán, 24 de Diciembre.
- Page, Carlos A. (2011), *Relatos desde el exilio. Memorias de los jesuitas expulsos de la antigua provincia del Paraguay*, Asunción: Servilibro.
- Palau y Dulcet, Antonio (1948-1977), *Manual del librero hispano-americano: inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, con el valor comercial de todos los artículos descrito*, Barcelona: Librería Palau, Tomo 27.
- Pérez, Rafael SJ. (1901), *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina, y Chile, el Uruguay y el Brasil*, Barcelona: Imprenta de Henrich y Cía, 1901.
- Storni SI, Hugo (1980), *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma: Institutum Historicum SI.
- Uriarte SJ, Eugenio de (1904), *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autorías de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia española...* Madrid: Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra", Tomo 1.